

FE FIRME III

¿QUÉ NOS DICE EL NUEVO TESTAMENTO DE LA FE?

(Utrera)

Adolfo Chércoles Medina SJ

Introducción

Si hay un término complejo en el NT es la fe: se experimenta como don y al mismo tiempo se echa en cara la falta de fe; su carencia dificulta (e incluso imposibilita) la misma acción de Jesús, y su firmeza arranca la respuesta y admiración del propio Jesús; la fe del pueblo de Israel no descubre al que esperaba y, sin embargo, “*vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán...*” (Mt 8, 11). Nunca es algo que se puede 'dar por supuesto'. Por otro lado, lo que no podemos discutir es que la fe en el NT gira en torno a Jesús. Pero no es lo mismo la vivencia de la fe después de la Pascua... Dividiremos nuestra búsqueda en tres apartados:

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia

II. La fe prepascual

III. La fe de Pedro

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia.

La 'fe de la Iglesia', surge después de la Pascua y con la venida del Espíritu Santo, pero no podemos desconectarla de lo que aquellos testigos vivieron a trompicones antes de la Pascua.

En efecto, la fe de la Iglesia no es la historia personal de la fe de cada uno, sino aquello que transmitieron los primeros testigos. Pedro, a la hora de elegir el sustituto de Judas, lo plantea así: “*Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección.*” (Hech 1, 21-22).

Parece ser clave el ser testigo de la Resurrección. Ahora bien, la resurrección no es un acontecimiento a disposición de quien quiera comprobarlo. En este sentido se dice que la Resurrección no es un hecho histórico disponible. Es decir: “*la resurrección de Jesús va más allá de la historia, pero ha dejado su huella en la historia.*”¹ Su experiencia: “*...desvanecía cualquier duda... dar testimonio: Cristo ha resucitado verdaderamente,*” porque “*Resurrección' significa: ¡no creer, sino percibir!*” (p 631) O es sorpresa, pero palpable, o no es nada.²

Es esta experiencia de los testigos del Resucitado, la que va a recuperar al 'Jesús histórico', y no al revés. Sin embargo, esta experiencia deslumbrante no elimina la realidad de la Cruz -el Resucitado conserva los signos de la pasión-. La cruz se convierte en el signo distintivo del cristianismo. (II Cor 4, 7-12) Esta fidelidad en la prueba es lo que necesitamos y

¹ Benedicto XVI, **Jesús de Nazaret (II)**, p 319

² Me sorprendió la razón de Schillebeck, de '*¿por qué volvieron a reunirse los discípulos?*': “*Porque tuvieron una profundísima experiencia que les hizo sentirse salvados, perdonados, experiencia que relacionaron con la figura del ajusticiado.*” ¿La figura de un ajusticiado puede generar tanta vida? ¡¡¡ (Cf. J. Antonio Marina, **Op. Cit.** p 39).

agradecemos. Madre Teresa.

Ya veíamos en el Tema I que si nos quedamos en la 'ética universal', sobra la religión en cuanto tal. La humanidad necesita respuestas, y para responder necesitamos fuerza que no se agote y entusiasmo que no decaiga, y ninguna de las dos cosas me las proporcionan las 'ideas claras' por muy 'distintas' que sean. Si algo destaca en aquellos primeros testigos es la intrepidez.

Pero esta fe de la Iglesia culmina en la Trinidad, idea difícil de digerir para un pueblo tan exageradamente monoteísta. Este hallazgo parte de la experiencia de la **encarnación** y de la **venida del Espíritu Santo**. Por eso la tarea del cristiano es: “*Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...*” (Mt 28, 19-20)

II. La fe prepascual.

Dada la complejidad de la fe en los Evangelios, enmarcamos nuestra búsqueda en 5 apartados:

1. Lo incompatible con la fe

–**la soberbia:** (Lc 1, 51-52 y Lc 18, 14).

–**la exigencia o la curiosidad imposibilitan el don y la sorpresa: la gracia**

“*Esta generación perversa y adúltera exige una señal, pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás*” (Mt 12, 38-40 y Mt 16, 4): frente a la exigencia de una señal que 'pruebe', está el 'signo de Jonás' (¡el hecho Pascual!). Jesús no utiliza ningún milagro para probar nada³: es respuesta a una 'necesidad' e impone silencio. En Jn 6, 26 les echa en cara que lo buscan, “*no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros...*” El milagro por sí solo no aporta nada a la fe, sino el '**signo** de Jonás': éste no sólo no se exigía, ¡ni se esperaba!⁴ La acción 'milagrosa' de Jesús nunca es espectáculo, sino respuesta a una necesidad; el único referente salvífico es el Resucitado que envía su Espíritu. (¿Origen de nuestras 'incredulidades'?).

– **el temor y la duda**

El **temor** es la vivencia más paralizante que podemos experimentar. Jesús continuamente avisa: '**No temáis**' (Mc 4, 35-41 y Mt 8, 26) Miedo y fe: son incompatibles. (¿Gandhi?)

La **duda**, otra vivencia que imposibilita la firmeza de la fe. (Mt 14, 22-33) Sólo la **fe firme** es fe.

³ Quitando, posiblemente, la resurrección de Lázaro en cuanto premonición de la suya.

⁴ Es interesante a este respecto la comparación del punto 5º de las contemplaciones de Tercera Semana de EE con el 4º de la Cuarta. El primero dice así: *considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente* (EE 196); el segundo: *considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan maravillosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della* (EE 223). *Los verdaderos y santísimos efectos* de la divinidad, no son los que yo le 'exijo', sino aquellos que me desbordan y van más allá de lo que yo hubiese podido imaginar: Dios es 'sorpresa', desbordamiento, no previsión. En el Evangelio lo que le exigen al crucificado para creer en él era “*si eres Hijo de Dios, baja de la cruz...*” ¡y no bajó! Ya veíamos en la primera parte de este Tema III (**La fe postpascual**) cómo la Resurrección es el punto de arranque de una fe que salva.

–la inconstancia

“... no tiene raíces, es *inconstante*, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe”. (Mt 13, 21) Sólo la permanencia ante la dificultad (**¡afrontar!**) puede 'echar raíces'. “...el que *persevere* hasta el final se salvará...” (Mt 24, 11-13) “...con vuestra *perseverancia* salvaréis vuestras almas” (Lc 21, 19) La salvación es tarea, proceso...

–la incredulidad radical

“¿*Creéis que puedo hacerlo?*”, pregunta Jesús a los dos ciegos de Jericó (Mt 9, 28); en Mc 6, 5-6 se dice que Jesús “no pudo hacer allí [Nazaret] ningún milagro... Y se admiraba de su falta de fe.” Jesús no impone: si no creen, no actúa. Lo opuesto a esta incredulidad, “...todo cuanto pidáis en la oración, **creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis**” (Mc 11,24) En Lc 18, 8, Jesús se pregunta: “Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará fe en la tierra?”

2. Clases de fe

–fe 'firme'

“...cuanto pidáis... **creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis**” (Mc 11,24) Es la vivencia de una seguridad total, porque no se apoya en mí, sino en aquel a quien pido. Santa Teresa de Jesús dice: *Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras...* (Moradas I, c.1, 4)

–fe mágica

Pero esta firmeza no siempre es tan 'correcta' -sin dejar de ser fe firme'-, y Mc 5, 25-34 nos relata una fe que podemos definir 'mágica' (la hemorroísa), pero que Jesús tiene en cuenta.

–fe 'milagrera'

La firmeza de esta fe apunta, tan sólo, al 'milagro' en cuanto tal. En la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-14), todos “*mientras iban de camino, quedaron limpios*”, pero sólo uno vuelve, “*alabando a Dios... y se postró a los pies de Jesús... dándole gracias.*” Jesús pregunta: “¿*No han quedado limpios los diez?... ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?*” Es decir, es 'milagrera' la fe que se agota en el pretendido milagro. Jesús dice al samaritano: “*Levántate, vete; tu fe te ha salvado.*” Parece que la fe está para **salvar**, no para 'curar', y la 'salvación' siempre hace referencia a la persona, no a la dolencia.

–fe respuesta personal: seguimiento

La vuelta del samaritano agradecido hace que su fe culmine en un encuentro personal. ¿No hemos dicho que la fe es adhesión personal? Lo distintivo de la fe cristiana es la relación personal de los que rodearon a Jesús, que culminará en la fe postpascual, una experiencia 'ontológicamente' nueva y que Pablo describirá con frases tan expresivas como: “...*vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí...*” (Gal 2, 20) No es pues la fe 'milagrera' la que salva, sino la que nos transforma en respuesta agradecida, y se convierte en **seguimiento**. En cualquier caso, la decisiva es la fe que salva, porque pone en juego y da respuesta a toda la persona, llena toda su vida.

3. Jesús ante la fe de los demás

–Quejas

Sus quejas por 'falta de' o 'poca' fe son constantes. A Pedro que se hunde, Jesús le dice quejándose: “*Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*” (Mt 14,31) Es la 'poca fe' la que le hace 'dudar'.

La fe, por tanto, tiene niveles cuyo control no depende de nosotros. Los mismos apóstoles suplican: “*Aumentanos la fe*”, a lo que Jesús responde: “*Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esta morera: 'Arráncate de raíz y plántate en el mar', y os obedecería*” (Lc 17,5-6). Pero donde aparece con todo su dramatismo esta falta de fe es en el padre del endemoniado. Ante la afirmación de Jesús “*Todo es posible al que tiene fe*”, el padre grita: “*Creo, pero ayuda mi falta de fe*” y Jesús cura al muchacho. (Mc 9, 14-29)

La 'queja' más célebre es la de Jesús resucitado ante el 'incrédulo' Tomás. Jesús se somete a su exigencia que provoca el “*Señor mío y Dios mío*”, la confesión más plena de adoración de todo el Evangelio. Pero Jesús añade: “*¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto*” (Jn 20, 24-29). El 'acto de fe' de Tomás no es precisamente el palpar sus llagas -que posiblemente ni lo hizo-, sino su acto de adoración. La fe no es comprobación, sino respuesta en adoración de la persona como totalidad. La **adoración** no es cuestión de imaginación, sino de presencia, sorpresa y constatación.⁵

- Sorpresas

Jesús tenía como nosotros, capacidad de sorprenderse. Y respecto a la fe que le rodeó, la sorpresa mayor fue encontrar tan 'poca fe' -incluso 'incredulidad'- en los 'creyentes' y fe firme en los que estaban 'fuera'. En Mt 8, 5-13, (ante el centurión romano) comenta el evangelista: “*Al oírlo, Jesús quedó admirado... En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe*”, y presiente la llegada de los gentiles: “*Os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente...*”

Pero más llamativa es la cananea (Mt 15, 21-28). La resistencia de Jesús a atenderla nos desconcierta, si es que no nos escandaliza. Pero va a ser la fe -¡de una pagana!- la que rompa su resistencia. Ante la 'humildad' de esta mujer, todo el 'judaísmo' de Jesús se derrumba: “*Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.*” La fe firme de esta mujer va abriendo nuevos caminos: la fuerza de esta fe está en la adoración -*Señor*-, no en la prepotencia, ni la 'exigencia'.

4. Dificultades para creer en Jesús

Las propuestas de Jesús chocan con un entorno que coincide con el nuestro: el **poder**, la **riqueza**, la **sexualidad**, el **sacrificio**, el **ser uno de tantos...**

–el poder

La lucha por el poder de los Doce aparece en los tres Sinópticos: Mc 10, 35-45, Mt 20, 20-28 y Lc 22, 24. La contraposición está clara: “*No será así entre vosotros...*” La única alternativa al poder es el **servicio**: “*...igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a*

⁵ Es sugerente en este momento traer el testimonio de Santa Teresa de Jesús: “*Si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto; no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan gran majestad que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor.*” (**Vida**, XXVIII, 7-8)

servir y a dar su vida en rescate por muchos. (Mt).⁶ Esta propuesta, ¿es algo disparatado?

–la riqueza

Ante la búsqueda sincera del rico que quiere heredar la vida eterna (Mc 10, 17-31) y su confesión de que todo lo ha guardado desde su juventud, Jesús responde: “*Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme.*” Su reacción es deprimente: “*frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.*” Pero ante la reacción de Jesús –“*...Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios*”–, los discípulos “*se espantaron y comentaban: 'Entonces, ¿quién puede salvarse?'*” Es el espanto a perder una seguridad tangible. “*Jesús se les quedó mirando y les dijo: 'Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo'*”. En efecto, su apuesta será: “*Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*” (Mt 5, 3) En realidad Jesús no propone un programa político, ni siquiera una ética; es un problema existencial: donde ponemos nuestra seguridad, ese es nuestro dios. Por eso el ateísmo -o más bien, el prescindir de Dios- se da en sociedades satisfechas y **seguras...**

–la sexualidad

Nadie discutirá que este tema siempre es polémico. También en tiempo de Jesús. En Mt 19 los fariseos le preguntan “*para ponerlo a prueba: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?*” Jesús remite a Génesis 2, 24 y ellos insisten: “*¿Y por qué mandó Moisés darle acta de divorcio y repudiarla?*” La respuesta de Jesús es significativa: “*Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así.*”⁷ Es la incidencia de nuestras 'durezas de corazón' en la 'ética', con la posibilidad de justificarlo todo (cf. Jer 18, 18). Cuando nuestros deseos se 'desmadran' -¡Dios no incide en nuestras decisiones! ¡Somos **libres!**⁸-, surgen 'logros' tramposos. Pero Jesús es contundente: “*¡Pero al principio no era así...!*”

Jesús, pues, vuelve 'al principio'. Ante esta 'involución', (diríamos hoy), los discípulos se preocupan. Marcos subraya esta extrañeza: “*En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo.*” (Mc 10, 10-11). Ante la postura 'inmovilista' de Jesús, Mateo comenta: “*Los discípulos le replicaron: 'Si esta es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse.'*” ¿No es esta una reacción generalizada hoy, y que consideramos 'liberadora'?

Pero Jesús no se bloquea: “*No todos entienden esto, sólo los que han recibido ese don... El que pueda entender, entienda.*” La recuperación de lo que fue 'al principio' no se presenta como una imposición, sino como un don. Uno no puede asumir lo que 'no entiende'. La oferta es cómo vivir la propia sexualidad, '*por el reino de los cielos*', frente nuestros trampeos, hipocresías y hedonismos.

Por otro lado, la relación de Jesús con la mujer es cercana y acogedora, no acaparadora ni posesiva, sino recuperadora. Lc 7, 50 y Jn 8, 11. Frente a la casuística malsana, la obvedad; frente al juego salaz, la responsabilidad en la tarea creadora; frente a la frivolidad, el compromiso...

⁶ Más que 'alternativa', habría que decir la 'única salida', el único 'sentido' del poder es el servicio.

⁷ Es la sugerente afirmación de Lewis: “*nuestra continua ocultación las primigenias vulgaridades morales*” (carta XXIII). Es lo contrario de lo actual: que lo más moderno es mejor y más verdadero.

⁸ Es la continua 'condescendencia' de Dios en el **AT**: que tengan rey, templo... Una vez más, en la fe judeo-cristiana habría que hablar, en vez del *homo religiosus*, del *Deus humanus*.

–el sacrificio

Otro motivo de escándalo y rechazo será la **cruz**. La postura de Pedro ante el anuncio de Jesús de su Pasión no puede ser más enérgica: “*¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte.*” Pero no lo es menos la de Jesús: “*¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios.*” Nuestra identificación con Pedro es total. La apuesta de Jesús no se enreda en los 'por qué', sino en qué hacer: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.*”

La misma postura encontramos en los anuncios de su pasión: “*Ellos se pusieron muy tristes*” (Mt 17, 22-23), “*pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle*” (Mc 9, 32)... ¡En el Evangelio no hay nada idealizado! La fe prepascual es muy precaria.

5. Culminación de la fe: el seguimiento. ¿La fe postpascual?

Pero veamos cómo Jesús plantea su seguimiento: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?...*”

La disyuntiva de Jesús es clara: 'salvar la vida' o 'perderla', no se trata de 'curarla'. ¿Qué contenido podríamos darle hoy?: “La vida, ¿me harta?, o ¿me llena? ¿Me 'cura' o me 'salva'?”

¿No decíamos que la fe era 'adhesión personal'? Pues toda adhesión **personal** -si es tal-suscita un **seguimiento** incondicional. No es lo mismo que una adhesión ideológica. Si además, aquel a quien sigo se identifica con los 'últimos', he de cargar con tantas cruces cuantas vea a mi alrededor...

Distintivos de este seguimiento. “*Si alguno quiere...*”: ha de ser libre. “*Niéguese a sí mismo*”: de lo contrario no seguiré a nadie, lo utilizaré en provecho mío. “*Tome su cruz* (Lucas añade 'cada día')”: eludir las circunstancias es evadirse. “*Y me siga*”: es en la vida, no en las ideas. El seguimiento es concreción prosaica y monótona, sólo posible desde el **amor** y el **compromiso**.

Ahora bien, todo seguimiento personal **totaliza**. Lucas 14, 26-32 resalta esta dimensión: “*Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos... incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío...*” Son exigencias que sólo se daban de cara a Dios en el monoteísmo. Y es que la meta es el mismo Dios: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*” (Mt 5, 48)

III. Fe de Pedro:

-Antes de las negaciones. (Fe prepascual, podríamos titularlo)

La fe de Pedro antes de las negaciones pasa por las situaciones más dispares: de lo más sublime a lo más ridículo, de lo más entrañable a lo más irritante. Resaltemos lo más significativo.

El encuentro.

Como toda relación personal, **Juan** lo describe como un encuentro: “*Jesús se le quedó mirando y le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas' (que se traduce: Pedro)*” (Jn 1, 41-42). La mirada, llamarlo por su nombre y cambio de nombre, que

simbolizará su misión futura. **Mateo** y **Marcos** lo presentan como un llamamiento a los dos hermanos: “*Jesús les dijo: 'Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres'. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.*” (Mc 1, 17-18) **Lucas** lo enmarca en una sorprendente pesca. (Lc 5, 8-9)

Elección y misión.

“...*Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos...*” (Mt 16, 13-20) Pedro, a partir de este momento, va a tener un protagonismo evidente: en la crisis de Cafarnaúm: “*Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna...*” (Jn 6, 67-69), en la transfiguración (Mt 17, 1-5), en oración en el Huerto (Mt 26, 36-46), y en la última cena le dice: “*Simón, Simón... cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos.*” (Lc 22, 31-32) Un protagonismo que él asumió.

Engreimiento.

Aparece en distintos momentos. Pero es en la última Cena donde el lucimiento de Pedro pasa de lo ridículo a lo insultante: lavatorio de los pies (Jn 13, 4-11) y “*Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré*” Ante esta postura insultante, comenta el evangelista: “*Y lo mismo decían los demás discípulos.*” (Mt 26, 31-35) Este pobre hombre, al que Jesús encarga que confirme la fe de los otros, ha tenido que experimentar todas las trampas por las que una fe 'sincera' puede pasar.

Debilidad

Pero este engreimiento va acompañado de debilidad, y Jesús intenta que tome conciencia de ella. Otra cosa es que parece no enterarse. (Mt 14, 24-33) El miedo al caminar sobre las olas. Su torpeza ante las palabras de Jesús (Mt 15): “*¿También vosotros seguís sin inteligencia?*” Se duerme con los compañeros en el Huerto. Pero todas las debilidades se concentran en las negaciones.

En las negaciones

Las negaciones son el momento central en la vida de Pedro. Si quitamos las negaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro. Pero ¿por qué en Pedro este tocar fondo va a ser un punto de arranque y en Judas fue lo contrario?

Que la adhesión de Pedro al Señor es algo real lo confirma su presencia en el patio del Sumo Sacerdote. Por otro lado, las sucesivas identificaciones no encierran una amenaza: son comentarios de criadas y criados del Sumo Sacerdote, pero nada más. A Pedro, sin embargo, lo invade el pánico.

Más aún, el canto del gallo va a agravar su pecado. En ese momento podía haber reaccionado.

Pero Pedro no se encierra en sí mismo: su imagen ante los demás, que tanto había cuidado - *'aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré'*-, no parece pesar sobre él en estos momentos. ¿Por qué? ¿Dónde fue al salir del patio del Sumo Sacerdote? El Evangelio de Juan da cuenta de su presencia en el grupo el primer día de la semana. Pedro no se aísla.

¿Y Judas? Mateo nos dice que se arrepiente, confiesa su pecado, devuelve las monedas..., pero se queda solo con su culpa, y no va con los compañeros: “*...y fue y se ahorcó.*” El yo aislado, o se justifica o se culpabiliza...

A Pedro, lo que le duele no es su imagen rota, sino Jesús. Por otro lado, para los compañeros,

el relato de Pedro refleja la realidad de cada uno de ellos: es la debilidad confesada y compartida.

Pedro experimentó en las negaciones su impotencia radical. Ante su fracaso, sólo le quedaba aquella persona con la que siempre había contado. Para que surja el 'hombre nuevo', tiene que morir antes el 'hombre viejo'. Todo aquel engreimiento y protagonismo se estrella en lo que más podía dolerle: la fidelidad a ultranza de la que él se ufanaba ante los compañeros, se ha convertido en negaciones reiteradas, con la incapacidad de reacción. Esto, que vivido desde la 'culpabilidad' le hubiese llevado al suicidio, se va a convertir en poner su seguridad donde no falla. Pero esto es posible incorporándose al grupo. Sólo muriendo a nosotros mismos, nos abrimos a los hermanos: Pedro va a poder confirmarlos en la fe cuando ha dejado de ser el centro.

Después de las negaciones (fe postpascual)

En efecto, el Evangelio constata que el Resucitado se aparece a Pedro personalmente: “*Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro*” (Lc 24, 34), aparición, que no relata. Pero hay algo claro: el Pedro de después de las negaciones no es el mismo.

Juan 21, 1-23 nos describe esta nueva realidad: allí encontramos a Pedro, con seis compañeros. Se intuye un liderazgo sin protagonismo ni imposición. La presencia de Jesús en la playa, tampoco es él quien la descubre. Cuando Jesús dice: “*Traed de los peces que acabáis de coger*”, es Pedro el que reacciona. Es el Pedro impulsivo, que ahora no dice, sino que hace.

Pero la escena clave es al terminar la comida, con la triple pregunta de Jesús. Las tres respuestas de aquel hombre, no humillado ni culpabilizado, pero sí humilde, nos revelan en qué ha consistido su cambio. Yo me he preguntado muchas veces: ¿cuál hubiese sido su respuesta de hacerle las mismas preguntas antes de las negaciones?...Pero Jesús pregunta después...

Las tres preguntas (cada una tiene su matiz) confrontan a Pedro con la verdad de su relación con él, que da una única respuesta, con un añadido en la última: “*Sí, Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.*” Se ha producido un descentramiento total. Su seguridad no radica en él mismo, sino en Jesús. El hecho de haber fallado no quiere decir que no lo quiere, sino que es un desastre; pero “*¡Este 'desastre' te quiere!*” Se nos ha educado, desde nuestros idealismos y autenticidades, a que si fallo es que no amo... Puede ser, pero no se sigue.

Pues bien, ese cariño que, desde fuera no puede verse, Dios sí lo ve. Pero esto es pura vivencia, no hay ningún tipo de argumentación ni lógica que lo 'demuestre'. La vivencia se comunica, no se argumenta. Es la experiencia de sentirse recuperado porque en el fondo hay algo más grande que mi ofuscación, mi ceguera, o mi impulso.

Y es que la vivencia se comunica, no se explica. No he encontrado a nadie que me haya hecho este razonamiento: “*¡Hay que ver el patinazo que pegó este hombre al final! Con el 'carrerón' que llevaba, 'la cag...' al final.*” ¡Qué intuiremos en su vivencia que, si quitamos las tentaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro!

Intuimos que el perdón de Dios no tiene nada que ver con el nuestro. No es la simpleza de que: “*¡Es tan bueno, que no mira el fallo!*”, lo cual puede ser peligroso, porque el daño está

ahí y no se puede mirar para otro lado.⁹ Su misericordia es mucho más profunda: es que apuesta por nuestra recuperación. Descubre realidades que se nos escapan: '*no sabíamos lo que hacíamos*' (Lc 23, 34).

El Pedro prepotente, engreído, no aparece por ningún lado: la experiencia de su miseria le ha llevado a no apoyarse en su fuerza, sino en la fuerza recuperadora de Dios. ¡El experimentar la propia miseria nos hace misericordiosos!... si la aceptamos y la confesamos. Esta es la experiencia que ha cambiado a este hombre. Es la vivencia de que sus negaciones no han borrado lo que había de verdad en su engreimiento: 'Es verdad que me 'lucía', pero "¡Tú sabes que te quiero!"...

Resumiendo, el pecado en Pedro, va a ser, en vez de una ruptura, un triple lugar de encuentro: con **su verdad** -su cariño no contaba con su cobardía-, con los **compañeros** -nos encontramos en la debilidad confesada, no en el engreimiento-, con **Jesús** -"Tú sabes que te quiero".

Este hombre recuperado será el que después sabrá ofrecer la oportunidad de recuperarse al pueblo judío y sus autoridades: "*Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia lo mismo que vuestras autoridades...*" (Hech 3, 17). Este es el perdón de Dios: un perdón que rehabilita, no un perdón que 'restriega', pero tampoco un perdón permisivo y que hace la vista gorda... Pero estos fondos sólo Dios los conoce; lo único que nos toca es asumir nuestra incongruencia y confesarla.

Por último tenemos los tres encargos de Jesús, la misión de Pedro: pastorear ya sean corderos, ya ovejas. Ahora está preparado para esta tarea recuperadora. A partir de este momento, Pedro va a ser otro. Su 'protagonismo' será puro servicio. Como comenta Berger: "*por eso se decía en la iglesia antigua, es bueno que el Señor haya llamado como pastor a alguien que sabe lo que es el fracaso y no a un fanático santo y puro como el profeta Elías...*"¹⁰

⁹ Puede ser iluminador el siguiente comentario de Benedicto XVI en **Jesús de Nazaret (II)**: "*Dios no puede simplemente ignorar toda la desobediencia de los hombres, todo el mal de la historia, no puede tratarlo como algo irrelevante e insignificante. Esta especie de "misericordia" y "perdón incondicional" sería esa "gracia a bajo precio" contra la que protestó con razón D. Bonhoeffer ante el abismo del mal de su tiempo. La injusticia, el mal como realidad concreta, no se puede ignorar sin más, dejarlo estar. Se debe acabar con él, vencerlo. Sólo esto es verdadera misericordia. Y que ahora lo haga Dios, puesto que los hombres no son capaces de hacerlo, muestra la bondad "incondicional" divina, una bondad que no puede estar en contradicción con la verdad y la correspondiente justicia. "Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo"* (II Tim 2, 13) (pp. 158-159)

¹⁰ Klaus Berger, **Opus citatum**, pp. 689